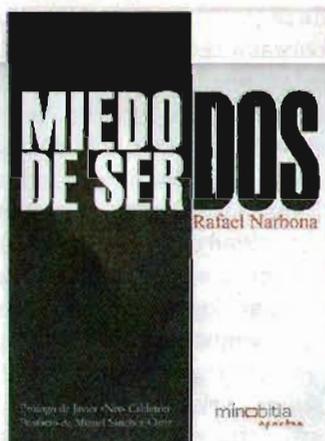




**Biblioteca de Casandra**  
Juan Carlos Monedero

# Ser bipolar y vivir en el intento



**En *Miedo de ser dos*, Rafael Narbona prueba una medicina secular, escribir sobre su trastorno. Y lo convierte en un viaje sin freno**

**D**el trastorno bipolar no se habla en primera persona. Lo hacen los valientes. O los locos. Qué sería de nosotros sin la locura. Es nuestro lado oscuro. Nuestro yo más desafiante. La enfermedad, cuando aparece, no es de valles. Es más de montañas rusas que no invitan a la escritura. Tendríamos legión de escritores y escritoras. Claro que los hay (Wolf, Plath, Hemingway). Los bipolares, en España, son decenas de miles. Algo tendrá que ver la época, aunque también la biología. Rafael Narbona ha probado una medicina secular. Se ha puesto a escribir de su trastorno. Y lo ha convertido en un viaje sin freno. Cuesta abajo. Luego cuesta arriba. Un viaje a sus recuerdos. Y a los recuerdos de los que tuvieron recuerdos... Vertiginoso.

No sabe Rafael Narbona que de niños íbamos al mismo colegio de monjas de la calle Ferraz. Las mismas mesas redondas, la misma mesa de los tontos a la que iban los que no encajaban en el criterio de inteligencia de las monjas, las mismas tizas sobre las que teníamos que ponernos de rodillas para que el castigo fuera más severo. Los crucifijos eternos. Cuenta en el libro que una vez celebramos un gol heroico y que los niños lo celebraron alzando al aire al diminuto niño. Juro que era yo. Con mi amigo Cristian Delcher prendimos fuego al despacho de la directora, una monja bajita e inquietante que se hacía caldo con los huesos de los niños de los cursos superiores.

No estamos ante una biografía, sino ante la autopsia de una enfermedad. Que se cura con la inclemencia de la verdad. La muerte no cesa de llamar desde estas páginas. Y sin embargo, están llenas de ganas de vivir.

La madre muerta, el hermano muerto, el padre muerto; hijos no tenidos muertos, la ciudad muerta, las horas muertas. Pero el amor no se muere. En el fondo, el que dialoga con la muerte sabe que tiene algo hermoso. La hermosura de los últimos guerrilleros que no quieren entregar las armas. Los guerrilleros están presentes en todo el libro. Agazapados. Como la depresión. Como el cansancio. Como el miedo eterno a pensar que ese dolor no se va a acabar nunca.

Un libro convertido en el tren de la bruja. Abres una página y aparecen los hermanos Marx. Abres otra y es Christopher Walken con una pistola en la sien. ¿Es lo mismo *Una noche en la ópera* y *El cazador*? La risa a menudo es de 9 milímetros.

De pronto aparece un gato que es casi el único que se muere de viejo en todo el libro. Un gato que sobrevivió a una guerra. Y como apuesta escondida por la vida, un superviviente de un campo de concentración. Dice Rafael que la muerte siempre vence. Pero es al revés. Ya que la muerte es inevitable, la única que puede triunfar es la vida.

## Luz entre la oscuridad

Por eso aparece la buena vida en sitios insospechados. En la cárcel, con la camaradería entre los presos. También en los anteojos de un médico que salvó la vida a su abuelo. Y en esos mendigos que nadie ya veía porque Madrid se había convertido en una ciudad de mendigos. Aparece la buena vida en esos colegios depravados donde nos molieron a golpes. La felicidad en las azoteas, donde entre las pinzas y la soledad podíamos pillar algo con la vecina que nos ponía. Y está, como el día en que las nubes prometen el mejor de los cielos, Clara, una sobrina perdida que regresa otro ángulo más amable de la vida.

Y claro, si están los ochenta, tiene que estar también la heroína, que se llevó a la generación de nuestros hermanos mayores. Heroína y homosexualidad como dos transgresiones que hoy parecen pueriles pero que en aquellos años te podían complicar aún un poco más la vida. Rafael, en vez de la heroína, recurrió a los libros antiguos y descata-

logados y a la velocidad. Quizá para luchar contra la culpa y la expiación de los colegios católicos. Romper límites. Sin frenos. Sin estanterías.

Rafael, nos cuenta sin contárnoslo, era un coqueto que quería parecerse a Audrey Hepburn. Los psiquiatras decían que estaba loco, pero la verdad es que él quería ser una estrella y ligarse a la Hepburn, a la que adoraba. Juegos de espejos. El diálogo más largo del libro es con la muerte. Luego con un delincuente. Luego con Audrey Hepburn. Qué bien dialogan los que están en el borde del abismo.

Habla de sus profesores en la universidad en un tiempo en que los profesores de universidad marcaban. Eso, creo, ya no existe. Todo se ha mercantilizado y no existe esa posibilidad de que nadie sea alguien. Para ser alguien, a lo sumo, hay que salir en televisión. Pero para eso tienes que vender tu alma al diablo. Por eso hace Rafael una lectura implacable de la Movida. Esa que se reía de los negritos que tenían hambre y frío o que pensaba que mover la tibia y el peroné era un hallazgo de Nobel. La Movida que mató la resistencia.

Es un libro sobre Madrid. A Rafael sus padres le hablaron de la guerra. Eso no era tan común. Había demasiado miedo. Franco pidió a Hitler que bombardeara Madrid solamente para sembrar el terror. Rafael, de niño, jugaba en los búnkers del parque del oeste. Aún no sabíamos que debajo estaban los brigadistas internacionales que vinieron a decir a la humanidad que el hombre no siempre es una mierda. Es un libro caminado. Piernas que se mueven en el Madrid de la guerra, bombardeado, hambreado, el de los colegios de dos puertas, la de ricos y la de pobres, el de monjas crueles y porteros valientes que perdieron la vida buscando a una niña entre los escombros. El confidente Cela pintó un Madrid demasiado amable en *La colmena*. Rafael no puede andarse con zarandajas. Le gusta Margarita Nelken y repite con ella: ni olvidamos ni perdonamos.

Matar, morir, cazar. Matar elefantes, nos dice. "Eso que llamamos inhumano es lo que en realidad somos". Y habla del suicidio como quien va con Hemingway -o el rey- a cazar elefantes. Matas a alguien con los ojos grandes o te pegas un tiro. O escribes *Miedo de ser dos*. Y le dices a los bipolares que cojan papel y lápiz y conjuren sobre las letras todos los fantasmas. ■

No estamos ante una biografía, sino ante la autopsia de una enfermedad. Que se cura con la verdad.

Es un libro caminado. Piernas que se mueven en el Madrid de la guerra, bombardeado, hambreado